



MODULORAMA

Primera edición, noviembre de 2022

© Nieves Mories y Francisco Jota-Pérez, 2022

© Ilustración de cubierta: Manu Gutiérrez

(Ediciones El Transbordador es una marca
de El Inventor de Mundos, S. C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 1528-2022

ISBN: 978-84-125263-7-0

Impresión: Gráficas La Paz (Torredonjimeno, Jaén)

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa
y por escrito de los titulares del *Copyright*.

www.edicioneseltransbordador.com



MORIES + JOTA-PÉREZ MODULORAMA

Ilustración: Manu Gutiérrez



MORIES + JOTA-PÉREZ

MODULORAMA

Coda: sección musical al final de un movimiento, a modo de epílogo. Técnicamente se trata de una cadencia expandida. Con lo cual, puede ser tan simple como unos pocos compases o alcanzar tal complejidad que constituya una sección entera.

«¿Qué es un fantasma? Un evento terrible condenado a repetirse una y otra vez. Un instante de dolor quizás. Algo muerto que parece por momentos vivo aún. Un sentimiento suspendido en el tiempo, como una fotografía borrosa, como un insecto atrapado en ámbar.

Un fantasma, eso soy yo».

Guillermo del Toro. *El espinazo del diablo*.

«... y cuál,
dice el corazón de ojo pensante, es el último
color visto, la última
palabra oída—que alguien dejó atrás, y luego no
hay atrás—

acaso hay una piel del yo poseo que puede extraerse raspando el interior de la mirada—no, no puede—y siempre alguien que pasea silbando una canción, así es la vida dice, sonriente, allí, así era la vida...»
Jorie Graham. *Futuros*

INTRO

Piensa en caballos muertos sobre los que se arrastran sus compañeros famélicos, entre zumbidos de moscas verdes y espigas ocres demasiado perfectas para ser reales. Piensa en el gruñir, el hozar mocososo de enormes cerdos castaños con el morro lleno de sangre seca y pedacitos de hueso y masa encefálica, revolcándose en barro, mierda, pequeñas extremidades separadas de su correspondiente cuerpo como gajos del centro de una mandarina dulce y madura, tanto que al mínimo roce explota en chorros de zumo espeso.

Piensa en albatros. En los chillidos de los albatros tierra adentro. En su sombra jugando al escondite entre las azoteas de los edificios.

Todo es rojo, negro y de ese tono difuso que adopta el anochecer.

Su rostro. Sus pies barridos por flecos dorados. La luz. Los caballos. Los cerdos.

Los albatros.

Diomedea. Sus alas se extienden con mayor longitud que la de cualquier otra especie que exista en la actualidad. Más que las del cóndor o

las del buitre negro. Bandadas de albatros, fuera de su hábitat, sobrevuelan nuevos cielos siena, anidan en los tejados. A falta de su dieta habitual, practican la necrofagia (la homofagia), olfatean (sí, olfatean, eso hacen, él lo ha visto) presas muertas y giran en espiral, todos a una, para cebarse con lo inerte. Con lo muerto.

Clac-clac. Clac-clac.

Pequeños sonidos sincrónicos, imperceptibles para cualquiera que no sea él. Luces ambarinas entre columnas decrepitas. Albatros negros en campos negros. El chasquido de los mecheros imita a los picos de los albatros al entrechocar.

No son reales.

No son reales.

Por supuesto que lo son.

Enciende la luz ahora, o no encontrarás el camino a casa.

LUCA AL MOTEL CALIFORNIA LLEGÓ

VERSO PRIMERO

Luca baja del autobús y el viento del oeste le azota la cara y deja en sus labios un regusto a arena y sal. Por fortuna, antes de salir del vehículo se ha puesto las gafas de sol, las de la patilla izquierda doblada y recompuesta seis o siete veces, así que se libra de lagrimear en la parada, no como las dos mujeres que le precedían y ahora le impiden el paso.

Aunque la diferencia de edad entre ellas es más que evidente, parecen cortadas por el mismo molde; una matrioska cincuentona de cuyas entrañas emergió otra versión de sí misma a la espera de que el tiempo, las arrugas y el uso del mismo salón de peluquería las vuelva indistinguibles. Sus vestidos camiseros de práctico azulón y correcto oliva, coquetamente desabotonados para dejar al descubierto la porción necesaria de clavícula y la gargantilla con una cruz dorada, los zapatos de cordones, tan prácticos para viajar y de los que se desharán en cuanto se hayan

asentado, el pintalabios rosa y el pelo ondulado y cardado, listo para soportar dos horas de trayecto en esa tartana saltarina, son casi idénticos.

Sus sonrisas también, al igual que el modo de secarse los ojos con una punta del pañuelo para no estropear el recargado maquillaje en los párpados y las mejillas.

Hacía tiempo que Luca no veía una sombrerera de viaje, menos aún una de color azul pastel. Y, sin embargo, ahí tiene un par; dos viejas reliquias de unos años cincuenta que sólo existieron en celuloide depositadas sobre sendas maletas sin ruedas, sin asas desplegadas, sin los colores chillones de algún logotipo minimalista. Ni mucho menos. Tanto las mujeres como las maletas parecen sacadas de un cuadro de Norman Rockwell, de la impresión de un cuadro de Norman Rockwell sobre nitrato de celulosa, un mal encuadre entre tantos en la misma bobina de la película que ha ido pasando de unos a otros como complemento desapercibido a cierta herencia. No le cuesta imaginar a la más joven sobre una banqueta giratoria revestida de cuero rojo y base cromada sorbiendo con pajita un batido de fresa coronado por una cereza brillante, por la cereza perfecta. Sin duda, movería con

estudiado descuido sus pies cruzados, calzados con bailarinas, para hacer danzar a su vez el bajo de una falda de vuelo blanca.

Podría llamarse Sandra. Sí. Sandra es.

Seguro que usa combinación bajo el vestido camisero, igual que la que, sin duda, es su madre.

No se despoja de toda la ropa para hacer el amor, porque eso es lo que hacen las mujeres como ella, el amor conyugal, con luz tenue y risas ahogadas, tendida en la cama con la vitalidad de una ración de sashimi.

«Podría componer una canción en tu honor, pero no lo haré, porque ya hay demasiadas canciones que hablan de ti, pequeña Sandra».

Por eso y porque seguramente también tendrá un marido estilo Rockwell desleído por la linterna del proyector que no dudaría en perseguirlo escopeta en ristre por el pueblo si se entera de que su divina cónyuge es la protagonista de una tonada más cínica que halagadora.

Cuando por fin le dejan vía libre, una vez recogidas maletas, sombrereras y lágrimas, Luca las saluda con una inclinación de cabeza mientras sujeta las Aviator por la patilla buena para que no besen el suelo, gesto que ellas interpretan como caballeroso, a juzgar por sus risitas y

sonrojos. Le parece bien. Otro plano fugaz atrapado y que se resiste a la persistencia retiniana. Nuestra infinita capacidad de entender mal es lo único que aguanta ante las formas raras que tiene el tiempo de estancarse.

Quizá si siguiera en la ciudad no habría esperado pacientemente a que se apartasen, y ni mucho menos se le habría ocurrido despedirse de dos desconocidas siguiendo una moda en desuso hace décadas y regalándoles, de paso, su mejor sonrisa de escenario.

Pero lo hace porque, en fin, antes de ser el guitarrista de repuesto en la primera banda dispuesta a pagarle, Luca tuvo una madre y una hermana a las que guardar la debida cortesía. Y porque, en un lugar así, hasta ellas son clientes potenciales.

En un pueblo como aquel, cualquiera lo es. Y un mal gesto o palabra podrían mandar a la mierda su reputación y la venta de entradas para las noches en las que tenga que tocar para ellos.

Tiene que andar con pies de plomo en un sitio así. Es una lección que trae bien aprendida. Una de tantas que el asfalto no pudo exfoliar de su piel de chico de pueblo.

Una nueva ráfaga de aire cálido y salobre le revuelve el pelo; puede notar la arena, al igual

que el polvo transparente de la salina cercana, colándose por sus fosas nasales, por la boca y orejas. Cuando consiga ducharse, el agua correrá turbia en el mejor de los casos, y no va a quitarse el picor y la sequedad de encima hasta que se largue de allí. Aunque para eso falten días, casi dos semanas, así que más le vale armarse de paciencia y buscar por la mañana una farmacia en la que pertrecharse de colirio.

Lo peor que podría sucederle es que, como recuerda, allí no haya dispensario ni nada que se le parezca.

Como recuerda, sí. Aunque pronto una dolorosa punzada en las cuencas de los ojos lo saca de su error.

En esta hora crepuscular todo lo que alcanza a ver es que el maldito pueblo luce igual que aquel del que se marchó desde una parada de autobuses idéntica a la que ha llegado casi veinte años después.

Luca nació en una localidad prácticamente gemela a esta (con el mismo parecido desconcertante que observase minutos antes en sus compañeras de viaje) hace ya treinta y cinco años y dos meses, y se largó a los dieciséis, decidido a no volver jamás.

¡Ja!

Eso pensaba él.

Y, sin embargo, allí está, a dos paradas escasas (como máximo) de hacer escala en otro infierno, junto a la caseta del encargado de la terminal, apoyado en la melliza de la máquina de refrescos donde gastó su primera paga de domingo una mañana de agosto que le parece tan lejana y borrosa como el sueño de un niño.

Le cuesta un esfuerzo considerable convencerse a sí mismo de que no es la misma calle principal la que se extiende ante él, borrosa y densa bajo los últimos rayos del sol que desaparece en el horizonte, tras la cresta del Perro, alumbrada por la tenue luz de las farolas que comienzan a encenderse. La iglesia, el colmado, la zapatería-cerrajería, un par de bares y, más allá, aunque no alcanza a verlo, debería estar situado el Salón Social.

—¿Necesitas algo, chico? ¡Chico!

Nadie lo llamaba «chico» desde los dieciséis. Nadie.

—¿Perdón?

—Que si necesitas algo. Voy a echar el cierre y no querría irme a la cama pensando en que he dejado al chico nuevo tirado en la calle.

Sonríe afable, la única bombilla de la parada de autobús se refleja en su calva lustrosa y ondula a cada movimiento. Luca le saca al menos una cabeza a aquel hombre, y también debe pesar cien kilos menos.

—¿Hay algún lugar cerca de aquí donde pasar la noche? Mi amigo no me...

—Claro, claro, arriba, en la cuesta —lo interrumpe, más deseoso de agradar que por grosería. El sudor le cubre la frente, se le escurre por el cuello y oscurece la parte trasera de su camisa casi por completo—. Hacia allá, en la parte opuesta al Perro, no tiene pérdida. Caron mantiene la luz encendida toda la noche por si algún viajero se extravía, aunque, entre tú y yo, ya nadie para mucho por aquí. Pero ella sigue dejándola brillar. No sé si me entiendes.

Le guiña un ojo.

No, Luca no lo entiende, claro que no.

—Como un faro en el acantilado, esa es nuestra Caron. Te tratará bien. No es que tengas mucha opción, a menos que quieras dormir en la calle, y no te lo recomiendo, chico, terminarías pasando la noche en el calabozo. Aquí no gustan los vagabundos. La cuesta es el único lugar donde alojarse.